

SEGUNDA PARTE

SANDY SHOW MIAMI

El nombre después del exilio

Sandy Fernández Fernández
Relato biográfico

SEGUNDA PARTE

La historia continúa

Sin capítulos. Sin detenerse. Exactamente desde el lugar donde terminó la primera parte.

Después ya no hubo costa. Solo agua, oscuridad y el sonido insistente del motor. La lancha avanzaba hacia México sin ofrecer ninguna certeza de llegada. En el mar no existían los títulos, los premios ni la experiencia acumulada; todos los pasajeros quedaban reducidos a la misma fragilidad. Sandy, que había aprendido a dominar escenarios y a controlar la respiración, tuvo que aceptar que aquella vez no controlaba casi nada.

El miedo no siempre se parece al pánico. A veces se manifiesta como una atención absoluta a cada ruido. Un cambio en el motor, una ola más fuerte, una sombra en el horizonte. Cada minuto obliga a imaginar lo peor y, al mismo tiempo, a no permitir que esa imaginación paralice. Sandy había estudiado la respuesta del cuerpo ante el esfuerzo. Ahora sentía en sí mismo la tensión prolongada, el cansancio y la necesidad de conservar energía.

Cuando finalmente apareció la posibilidad de tierra, no llegó con música ni con una ceremonia de bienvenida. México era otro tramo, no el final. Había que continuar por carretera y atravesar espacios desconocidos hasta acercarse a Estados Unidos. El viaje seguía dependiendo de decisiones rápidas, dinero escaso y una confianza incómoda en personas que podían ayudar o aprovecharse de la vulnerabilidad de quienes avanzaban.



Cruzó fronteras llevando una identidad que todavía no tenía lugar en el nuevo país. En Cuba había sido Máster en Ciencias, investigador, actor, locutor, comentarista deportivo y presentador. En el camino era un migrante más. Nadie tenía la obligación de reconocer lo que había hecho antes. El exilio no examina currículos; pregunta cuánto puede resistir una persona cuando las referencias de su vida dejan de funcionar.

Llegar a Estados Unidos tampoco fue la escena final de una película. No apareció una casa, un estudio ni una oportunidad preparada. La libertad podía estar allí, pero la estabilidad no. Sandy vivió aproximadamente cinco meses sin una vivienda segura. El hombre que había hablado ante multitudes tuvo que aprender a pasar inadvertido, a resolver el día inmediato y a aceptar trabajos físicos para sobrevivir.

La llegada a Estados Unidos no fue el final del viaje. Fue el comienzo de otra prueba.

La construcción fue uno de esos trabajos. El cuerpo entrenado volvió a sostenerlo, esta vez lejos del deporte. Cargar, mover, limpiar y cumplir jornadas exigentes no tenía el brillo de Tropicana ni la emoción de una cabina. Pero el trabajo ofrecía algo elemental: la posibilidad de continuar. Cada pago pequeño representaba tiempo comprado para la siguiente decisión.

Dormir sin un hogar estable altera la relación con el mundo. Las personas comienzan a dividir la ciudad entre lugares donde pueden permanecer y lugares de los que serán expulsadas. La intimidad se reduce. Las pertenencias se vuelven un problema logístico. Sin embargo, Sandy conservaba una idea que había sobrevivido al mar: aquella etapa no podía ser el final de su historia.



La reconstrucción profesional comenzó desde cero en Estados Unidos.

La disciplina deportiva adquirió entonces su significado más profundo. No servía para ganar una competencia, sino para levantarse sin entusiasmo, cumplir una jornada y regresar a buscar otra oportunidad. La radio también seguía dentro de él. Aunque no tuviera un micrófono, observaba a la gente, escuchaba acentos, aprendía códigos y reunía historias. El presentador estaba en pausa, no muerto.

Miami fue apareciendo poco a poco como un lugar posible. La ciudad tenía una concentración de voces cubanas, latinas y caribeñas que podían entender algunas partes de su recorrido. También era un territorio competitivo, lleno de personas tratando de ser vistas. Sandy no podía presentarse solamente con lo que había sido. Tenía que demostrar, otra vez, lo que podía hacer ahora.



El regreso a los medios no ocurrió de un salto. Fue una secuencia de colaboraciones, contactos, apariciones y trabajos donde cada experiencia abría una puerta pequeña. Participó en proyectos audiovisuales y de entretenimiento como Picantísimo Miami, Crónicas del Primo, Oh My God y Dímelos Charly. Cada espacio le permitió conocer mejor la producción digital, las dinámicas de entrevista y el modo en que las audiencias consumían contenido en Estados Unidos.

En Cuba, la circulación de Talento Urbano había dependido de memorias USB y redes clandestinas. En Miami, las plataformas estaban abiertas, pero la libertad de publicar no garantizaba que alguien mirara. Había que comprender algoritmos, formatos, miniaturas, edición y promoción. Sandy volvió a estudiar. Esta vez su laboratorio eran las redes sociales.



El regreso a los estudios y a la producción audiovisual en Miami.

El nombre también cambió. Sandy Show había nacido en los escenarios; Sandy Show Miami ubicaba esa identidad en el

lugar de la reconstrucción. No borraba la etapa cubana. La proyectaba desde otro territorio. El apellido geográfico funcionaba como una declaración: había llegado, estaba creando y pretendía ocupar un espacio propio.

Las cámaras regresaron. También regresaron el traje, las luces y el micrófono. Pero el hombre frente a ellos ya no era exactamente el mismo. Había conocido la persecución, el mar, la incertidumbre y la falta de vivienda. Esa experiencia modificó su manera de escuchar. Detrás de cada invitado podía reconocer una parte de la historia que no se ve en los resultados públicos.

De esa sensibilidad nació *Lo de Nosotros No Tiene Nombre*. El título parecía una broma y, al mismo tiempo, una definición. El proyecto no quería encerrarse en una categoría única. Podía hablar de música, deporte, humor, emprendimiento, exilio, política, libertad o negocios. Lo que unía las conversaciones no era el tema, sino la búsqueda de la historia humana detrás de la figura visible.

*Lo de Nosotros No Tiene Nombre
nació para contar lo que existe
detrás del éxito visible.*

Sandy sabía que muchas entrevistas se conforman con el éxito: el lanzamiento, la cifra, el premio, el negocio. A él le interesaba el costo. Quería saber qué se perdió, qué se arriesgó y qué tuvo que soportar una persona antes de llegar al lugar donde estaba sentada. Esa curiosidad no era una técnica aprendida en un manual. Procedía de haber tenido que comenzar de nuevo más de una vez.



Identidad oficial de Lo de Nosotros No Tiene Nombre.

El programa abrió espacio a artistas, deportistas, empresarios, creadores y figuras de la comunidad cubana e hispana. Para Sandy, una parte central de la misión consistía en escuchar a quienes habían salido de Cuba. Había una frase que resumía esa mirada: muchos no habían abandonado la isla persiguiendo el sueño americano; habían escapado de la pesadilla cubana. La diferencia no era retórica. Explicaba por qué tantas personas llegaban sin recursos, cargando una urgencia que el público rara vez veía.

En cada conversación, el micrófono funcionaba como una puerta. Algunas historias traían humor. Otras revelaban pérdidas, miedo o decisiones difíciles. Sandy no buscaba que todos los invitados se parecieran a él, pero sabía reconocer el momento en que una persona dejaba de promocionarse y comenzaba a contar la verdad. Allí aparecía el programa que quería hacer.

El archivo audiovisual creció. Entre sus contenidos se conserva una conversación con El Taiger presentada por el proyecto como su última entrevista. Después de la muerte del artista, aquel material adquirió un peso que nadie podía planificar. La cámara había registrado una presencia que ya no podía repetirse. Ese episodio recordó a Sandy que entrevistar también es conservar tiempo.



Archivo audiovisual destacado del programa.

Lo de Nosotros No Tiene Nombre se convirtió en el centro de una marca más amplia. Sandy trabajó en producción audiovisual, promoción, marketing digital y posicionamiento de proyectos. La experiencia adquirida en la radio, el turismo y los escenarios se mezcló con nuevas habilidades. Ya no dependía de que una institución le asignara un espacio. Podía construir el estudio, diseñar la estrategia y publicar directamente.

Esa autonomía era la respuesta más clara a las dos interrupciones sufridas en Cuba. En el deporte, el poder había cerrado una carrera. En la comunicación, había intentado silenciar una voz. En Miami, Sandy organizó su trabajo para que ninguna de esas identidades dependiera completamente de

una sola puerta. Podía entrevistar, producir, presentar, promocionar y crear música. La multiplicidad, que antes podía parecer dispersión, se convirtió en protección.

La multiplicidad dejó de ser dispersión y se convirtió en protección.

La música estaba conectada con una historia familiar anterior a su nacimiento. Níco Saquito, reconocido como una figura esencial de la guaracha cubana, era su bisabuelo. Canciones, anécdotas y referencias habían atravesado generaciones. Para Sandy, aquel legado no podía quedar reducido a una fotografía antigua ni a un nombre citado de vez en cuando. Debía encontrar una forma de vivir en el presente.

Su tío Alejandro Fernández Ávila, nieto del compositor, había dedicado años a estudiar y preservar esa obra. Junto al investigador Zenovio Hernández Pavón desarrolló el libro Níco Saquito: El guarachero de Cuba, una investigación que reúne historia, canciones, imágenes y testimonios. Sandy entendió que su propia capacidad de producción podía ayudar a trasladar ese patrimonio hacia las plataformas contemporáneas.



Sandy Fernández Fernández junto a Alejandro Fernández Ávila y el retrato de Níco Saquito.

Preservar no significaba congelar. La guaracha había nacido para moverse entre la gente, comentar la vida y provocar una reacción. Por eso, los proyectos musicales impulsados por Sandy buscaron mantener la esencia mientras exploraban nuevos arreglos, voces y formatos. La distribución digital podía llevar ese catálogo a oyentes que nunca habían comprado un disco ni conocido la Cuba donde se escribieron aquellas canciones.

En el estudio, Sandy volvía a trabajar con ritmo, estructura y repetición. Había algo familiar en ese proceso. El deporte le había enseñado a corregir un movimiento; la radio, a corregir una frase; la producción musical, a corregir una interpretación hasta que la emoción apareciera con naturalidad. Las profesiones no estaban separadas. Eran distintas formas de perseguir precisión.



Ñico Saquito: El guarachero de Cuba, obra de investigación y preservación musical.

La huella pública comenzó a extenderse. Directum Magazine había documentado una parte importante de su historia en 2017. Más adelante aparecieron perfiles y entrevistas en plataformas como CanvasRebel y VoyageMIA, junto con publicaciones profesionales en Medium y LinkedIn. Ninguna fuente podía contener toda la trayectoria, pero juntas mostraban una continuidad difícil de resumir en un solo oficio.

A veces esa multiplicidad complicaba la manera de presentarlo. ¿Era investigador, actor, locutor, animador, entrevistador, productor o emprendedor? La respuesta más honesta era que había sido todas esas cosas porque la vida lo había obligado a no depender de una sola. Sandy no cambió de profesión por capricho. Cada transformación surgió de una pérdida, una oportunidad o una necesidad concreta.



El deporte seguía visible en su manera de trabajar. Preparaba entrevistas, revisaba contenidos, repetía tomas y pensaba en la constancia más que en un momento viral. La fama rápida podía atraer, pero él conocía el valor de una trayectoria larga. Había visto carreras desaparecer por decisiones políticas y proyectos crecer a través de circuitos clandestinos. Sabía que lo más importante era construir un archivo que pudiera sobrevivir a la inmediatez.

También comprendía el poder de las imágenes. Las fotografías antiguas de radio, los diplomas, Tropicana, Loc@moción y Talento Urbano no eran simples recuerdos personales. Eran pruebas de una historia que podía perderse si no se organizaba. El exilio dispersa los documentos: una foto queda en una casa, un diploma en una carpeta, una revista en otro país. Reunirlos era otra forma de regresar por lo que había tenido que dejar.

El nombre Sandy Show Miami comenzó a funcionar como un puente entre esos archivos y el trabajo actual. En sus redes convivían entrevistas, promociones, música, humor y relatos de superación. No siempre era fácil mantener una identidad coherente entre tantos formatos, pero la esencia estaba clara: dar visibilidad, provocar conversación y transformar experiencia en contenido.



Reconocimiento profesional durante la etapa de reconstrucción en Miami.

Con el tiempo, los escenarios de Miami también volvieron a recibirlo. Ya no era el mismo presentador que había salido de Santiago. Había aprendido a leer públicos internacionales en Jamaica, a sobrevivir fuera de los medios y a producir para plataformas digitales. Cada vez que tomaba un micrófono, todas esas capas entraban con él.

En una ciudad donde casi todos llegan con una versión de sí mismos que desean reconstruir, Sandy encontró su lugar contando las reconstrucciones de otros. Esa es quizá la razón más profunda de *Lo de Nosotros No Tiene Nombre*. El programa no es solamente una vitrina para invitados; es el resultado de un hombre que necesitó que alguien mirara más allá de su etapa más difícil y decidió ofrecer esa mirada a los demás.

La vida en Estados Unidos no borró lo ocurrido en Cuba. La libertad no convierte automáticamente el pasado en algo inofensivo. Persisten la rabia, la distancia familiar, las

oportunidades perdidas y la certeza de que muchas personas siguen atrapadas. Sandy transformó parte de esa carga en conversación pública. Hablar del régimen, del exilio y de las experiencias de quienes llegan era una forma de negar el silencio que le habían exigido.



Pero su historia tampoco podía reducirse al dolor. Hay alegría en el espectáculo, orgullo en los reconocimientos, humor en las entrevistas y satisfacción en cada proyecto terminado. Resistir no significa vivir permanentemente dentro de la tragedia. Significa recuperar el derecho a celebrar sin olvidar lo que costó llegar.



El regreso a los escenarios con una identidad reconstruida.

Cuando observa las fotografías de su vida, aparecen varias personas que podrían parecer distintas. El joven de la cabina de radio. El actor caracterizado. El presentador vestido para Tropicana. El animador ante una multitud. El trabajador en

Jamaica. El migrante sin hogar estable. El entrevistador de Miami vestido con traje. El productor que protege la obra de su familia. Sin embargo, todas comparten una misma mirada: la necesidad de avanzar hacia el siguiente movimiento.

Dos veces intentaron quitarle el futuro. Ninguna logró quitarle la capacidad de empezar otra vez.

Dos veces sintió que le quitaban todo. La primera vez perdió el futuro que había diseñado dentro del deporte. La segunda, la carrera artística y comunicativa que había construido para reemplazarlo. El exilio añadió una tercera prueba: llegar a un país donde su pasado no garantizaba nada. La diferencia es que, en Miami, tuvo la posibilidad de convertir esas pérdidas en propiedad narrativa. Ya nadie podía contar su historia sin que él también tuviera una cámara encendida.

El libro que ahora reúne esta trayectoria no intenta fabricar una leyenda perfecta. Un recorrido real tiene contradicciones, momentos incompletos y documentos que todavía deben encontrarse. Su valor está precisamente en la continuidad. Cada etapa explica la siguiente. El investigador ayuda a entender al productor. El deportista explica al sobreviviente. El actor sostiene al presentador. El exiliado transforma al entrevistador.



Sandy Show Miami: comunicador, productor y entrevistador.

Sandy Show Miami no nació el día en que se abrió una cuenta en redes sociales. Nació lentamente, cada vez que Sandy Fernández Fernández se negó a desaparecer dentro de la decisión de otra persona. Nació en el entrenamiento repetido, en la voz recuperada, en el escenario, en la cámara clandestina, en la lancha, en la construcción y en el regreso al micrófono.

Aún quedan proyectos por hacer, entrevistas por grabar, canciones por producir y documentos por ordenar. La historia no se cierra con una conclusión cómoda porque la vida que describe todavía está en movimiento. Quizá esa sea la imagen correcta para terminar: no un hombre mirando hacia atrás desde una meta, sino un hombre ajustando el micrófono antes de comenzar otra conversación.



Las luces del estudio se encienden. Del otro lado hay un invitado con una historia que todavía no ha contado por completo. Sandy revisa la cámara, toma aire y escucha. Durante un instante, antes de la primera pregunta, regresan todas las voces que alguna vez intentaron decidir su futuro. Luego desaparecen. La señal está lista. Esta vez, el espacio es suyo.

NOTA DOCUMENTAL

La trayectoria narrada en estas páginas se apoya en el archivo profesional de Sandy Fernández Fernández, sus investigaciones sobre Cultura Física y Deporte, el diploma Antonio Lloga de 2009, fotografías de radio, actuación, Tropicana, Talento Urbano y Jamaica, la entrevista publicada por Directum Magazine en mayo de 2017 y los perfiles públicos reunidos en el expediente biográfico de 2026.

Los episodios de persecución política, salida de Cuba, travesía migratoria y falta de vivienda se presentan como relato autobiográfico. La edición conserva esa distinción para no convertir la narración literaria en una afirmación documental más amplia que las pruebas disponibles.



CRÉDITOS

Relato biográfico: Sandy Fernández Fernández. Archivo visual: colección personal de Sandy Show Miami. Edición y diseño: edición narrativa 2026. Proyecto principal: Lo de Nosotros No Tiene Nombre.



*La señal está lista. Esta vez, el espacio es
suyo.*

Sandy Show Miami, Miami, Florida.

SANDY SHOW MIAMI

La historia sigue abierta.

Miami, 2026